

EXPERIENCIAS CATEQUISTICAS DE UNA MADRE DE FAMILIA

Nuestra Revista acoge con simpatía esta primera colaboración de una madre de familia; no necesitamos recurrir a los modernos estudios de antropología pastoral para comprender el papel decisivo de la mujer en la pervivencia de las estructuras cristianas: la mujer, más conservadora que el hombre, tan distinta de él en sus estructuras afectivas, es uno de los grandes reguladores que Dios otorga a su Iglesia frente a la inconstancia en la práctica religiosa tan frecuente en el varón... Nadie como la madre de familia para transmitir la religión que ella bebió en su propio hogar; pero, ¡ay del día en que una serie de fallos, ligeramente aceptados o ignorados por los catequistas, disminuyan en la mujer la vivencia de los auténticos valores religiosos! Será una catástrofe espiritual que siglos de cristianización difícilmente podrán remediar.

Por todo ello aceptaremos gustosos, y será para nosotros un honor, la colaboración de las educadoras, tanto madres de familia como religiosas y maestras.

En el presente artículo, la señora María Dolores Godoy de Vilahur nos ofrece algunas de sus experiencias catequísticas; en la primera parte, algunos recuerdos de su infancia; en la segunda, algunas de sus observaciones sobre sus propios hijos.

Encontramos así en estas líneas los eslabones de la cadena de una auténtica tradición cristiana. En todo el artículo agradecemos la sencilla autenticidad que otorga a estas líneas valor de documento.

Los educadores fácilmente aceptamos la impresión de construir a partir de la nada la vida religiosa de nuestros catequizandos. Nos conviene de vez en cuando contemplar el trabajo largo y esencial que ha precedido a nuestra labor; un poco de humildad y de sinceridad por nuestra parte nos inclinarán a una justa admiración por los fundamentos sobre los que nos es dado construir y nos permitirán estructurar en labor de conjunto todos los esfuerzos catequísticos que convergen en el niño.

(Nota de la Dirección)

Todo niño normal, apenas despiertan sus facultades, tiende a admitir la existencia de un Supremo Hacedor. Ahora bien, en el espíritu del niño se entabla una lucha continua de integración entre las ideas que surgen de su cerebro y las realidades que va descubriendo en su búsqueda incesante e inconsciente de la verdad. Así, pues, es inevitable que, en los primeros pasos inciertos que dé su alma hacia el descubrimiento de este Ser superior que desconoce, pero ya intuye, le causen un impacto formidable los ejemplos que halle en el seno de la propia familia, en la actuación de sus padres. Da una impresión de responsabilidad tremenda pensar que del ambiente en que el niño viva depende en buena parte el que acabe por afirmar o negar la existencia de Dios.

Durante un largo período, el «cómo» y el «porqué» son los dos grandes motores intelectuales del niño: va indagando, pregunta tras pregunta, hasta agotar todas las exigencias de su sentido de la causalidad. Para él, todo ha de tener una explicación lógica y una utilidad, y por eso al «por qué» le sigue el «para qué». El realismo del niño se va adaptando a la ciencia de los padres, y éstos acaban por convertirse en seres omniscientes, tanto que llegará el momento en que si preguntáis al niño: «¿Quién ha hecho el mundo?», responderá sin vacilar: «¡Papá!» El niño ha llegado en este momento a poseer la idea de la necesidad de un autor de las cosas. Y más adelante, coincidiendo la sinceridad del padre con una inteligencia más madura en el niño, comprenderá que, por encima de su padre, hay otro Ser superior, y llegará entonces a aceptar la existencia de Dios.

La espera de la aparición de los sentimientos no puede ser nunca, de parte de los padres, pasiva. Al contrario, debemos favorecer cuanto puede provocar sentimientos buenos: el primero entre éstos es el sentimiento religioso. Debemos esperar su aparición de una manera activa, poniendo al niño en contacto con nuestra emoción religiosa.

Los padres, creo yo, hemos de asumir nuestra función pedagógica como una auténtica vocación de signo religioso: no enseñar al niño a ser bueno porque sí, sino porque ser bueno es el camino que conduce a Dios.

Si los padres quieren dar a sus hijos una auténtica educación religiosa, han de comprender que toda educación supone una integración de todos los elementos de la vida y que no basta, por lo tanto, enseñarles media hora o varias horas diarias la doctrina cristiana, si

no se les educa partiendo de un recto vivir, un cristiano proceder y un honesto pensar, según frase del gran pedagogo barcelonés Jerónimo de Moragas.

El niño, al lado de las explicaciones sobre Dios, sobre el culto divino, sobre las prácticas religiosas públicas y familiares, debe ver, ante todo, una sincera conducta cristiana. El padre que acompaña a los hijos a Misa y en el hogar da constantes muestras de cólera o de injusticia, y más aún la madre que al regresar del templo se muestra intolerante, mentirosa, llena de envidia, no puede decirse que eduquen cristianamente a sus hijos, por más que pasen horas enteras machacándoles el Catecismo. Aun cuando todos tengamos defectos, hemos de hacer comprender a nuestros hijos, por el lenguaje inequívoco del ejemplo, que no somos solo católicos cuando estamos de rodillas ante un altar.

Pero también estaría equivocado lo contrario: creer que basta con el ejemplo, y dejar para los de fuera de casa la educación. Nada como la suave paciencia de la madre o el enérgico convencimiento del padre para dar a las enseñanzas religiosas un sentido duradero.

En resumen, que se nos presenta una ardua tarea: la de educarnos bien a nosotros mismos, de catequizarnos sin descanso, para convertirnos en los excelentes educadores de los hijos que Dios nos ha confiado.

Una vez expuesto mi criterio sobre cómo nace en el niño la idea de Dios y cómo se moldea su alma a través del ambiente en que le es dado vivir, quisiera pasar —para responder directamente a lo que creo se me pide— al capítulo de los recuerdos, de todas aquellas cosas que imperceptiblemente fueron influyendo en mi formación religiosa.

EN EL HOGAR.—Indudablemente, el ver a mis padres cumplir estrictamente los deberes religiosos, de cuya necesidad y obligatoriedad me daban cumplidas enseñanzas, había de influir en el despertar de mis sentimientos religiosos; especialmente dejó huella el comprobar la acendrada piedad de mamá, cuya presencia llenaba las mejores horas de los días de mi infancia, pues el padre suele pasar, a causa del trabajo, más horas alejado del hogar.

Pero estoy segura de que lo que más influencia tuvo en mi religiosidad fue aquel «fiat» constante, sereno, resignado y aun gozoso con que respondían calladamente, sin alardes, a todas las pruebas que Dios les fue enviando en el transcurso de los años.

Quedó grabada en mi mente infantil de manera imborrable (y era yo de muy corta edad) la alegre generosidad con que entregaron a Dios al primer hijo que les pidió para seguir una vocación religiosa. Cuando les preguntaban por aquel hijo, ¡con qué orgullo respondían que se había entregado, que *lo* habían entregado al servicio de Dios! ¡Qué prueba tan evidente para mí de que aquel Dios de que me hablaban existía y de que confiaban plenamente en El cuando con tanta alegría se desprendían de un hijo para entregárselo, y cuán Bondadoso debía parecerles cuando se lo entregaban sin temor...!

Y siguieron viniendo las pruebas: la persecución religiosa de 1936-1939. Encarcelamiento de papá, allanamiento de morada, entrega de otro hijo en el campo de batalla cabe la bandera de la Virgen de Montserrat, y siempre en el corazón de mis padres aquel acatamiento de una Voluntad superior... No recuerdo una sola palabra de desesperación, de queja contra el Todopoderoso. Unas lágrimas muy humanas, un dolor muy sentido, pero en el fondo una gran paz y una total entrega a la divina Providencia.

Estoy segura, profundamente convencida, de que aquella enseñanza sin palabras, hasta quizá dada sin saberlo, aquel ejemplo constante de una fe vivida con obras, fueron las que lograron, más que todas las enseñanzas doctrinales, hacer que mi alma infantil pronunciara en el subconsciente un «creo» enérgico, indestructible, y que solo ha ido creciendo a través de los años, pues esta educación catequística de los padres no se limita a la edad escolar, sino que prosigue toda la vida; y cada época, situación o suceso importante dan lugar a nuevas enseñanzas más eficaces —cada vez lo comprendo más claramente— cuanto más silenciosas y vividas sean.

EN LA ESCUELA.—No cabe duda de que en el hogar es donde se forjan los primeros sentimientos religiosos de la criatura y que del hogar depende el que estos sentimientos en incubación surjan esplendorosos o se malogren. Pero tiene también una importancia indiscutible el cuidado que el desarrollo de estos sentimientos va a recibir en manos de los educadores.

Para mi formación, eligieron mis padres un colegio dirigido por religiosas. ¿Cómo elogiar bastante la educación impartida?

Cuando la infancia va quedando atrás y se entra de lleno en la peligrosa época de los «porqué» y de los «para qué», de que hablábamos antes, la curiosidad desborda y toma mil matices diferentes. Son muchas las ocasiones de peligro.

Recuerdo perfectamente aquellos momentos de inquietud, de verdadera angustia espiritual (ahora sé qué era esta clase de angustia; entonces no se sabía dar nombre a tales desasosiegos); en aquella edad en que todo se dramatiza y el corazón es terriblemente sentimental, cuánta paz y consuelo me proporcionaban las charlas religiosas que se nos ofrecían. Los episodios de la vida de Jesús, las tiernas anécdotas de su infancia... La admiración inenarrable que despertaba en mí la lectura de las vidas de los mártires, que me daban —nos daban puedo decir, porque luego lo comentábamos entre nosotras— unos bríos que nos parecía habríamos de imitarlos sin titubeos. ¡Y la intimidad diaria con el Sagrario, aquellos momentos en que Jesús se iba convirtiendo para nosotras en el Gran Amigo y confidente!

Recuerdo aún perfectamente el ambiente de la capilla del colegio; aquella paz especial que allí se respiraba; la voz del Padre dándonos las charlas catequísticas; la emoción única de la Primera Comunión...

Todo eso queda grabado indeleblemente en el alma de los niños. De no haber quedado tan profundamente grabado en mi corazón, como en el de tantos niños de mi edad, ¿qué hubiera sido de nosotros en los tres años críticos que siguieron a nuestra Primera Comunión? ¿Qué hubiera quedado de nuestros sentimientos religiosos, de nuestras creencias, durante el período 1936-1939, en que veíamos arder los templos, ser derribadas las imágenes, sacrificados los ministros del Señor? ¿Cómo pudo permanecer tan inquebrantable nuestra fe sin ni siquiera darnos cuenta de ello...? La familia seguía manteniendo vivo el rescoldo, podría objetarse. Pero la realidad era que poco podía entonces la familia: se hallaba deshecha, el padre encarcelado, la madre pendiente cada día de la suerte del esposo y de los hijos ausentes —quién sabe si para siempre—, y con la congoja de buscar el alimento preciso para los pequeños que quedábamos con ella.

Y, a pesar de todo, nuestra fe sobrevoló siempre por encima de la catástrofe, y puedo afirmar que ni por un momento, al ver a Cristo profanado y las iglesias vacías, dudé de que Dios existiera, porque Dios para mí estaba en un sitio de donde no podía ser arrancado: estaba profundamente entrañado en mi corazón de siete años y nada podía arrancarlo de allí. Gracias a mi familia, indudablemente,

pero gracias también, no podría dejar de proclamarlo, a mis educadoras, al ambiente de mi querido colegio.

Pasamos unos años que fueron terribles para nuestra formación. Elementos subversivos pretendían hacernos olvidar a Dios y enseñarnos lo que no debíamos aún saber y hacernos pisotear nuestra pureza... En aquellos momentos, lo recuerdo con el corazón aún palpitante de angustia, ¡cómo nos defendíamos a nosotras mismas con el recuerdo de aquellas bellísimas enseñanzas de candor, de fe, de confianza que a tantas almas nobles habían llevado al martirio...!

No supe entonces, lo sé ahora, cómo debo a «mis queridas monjas», después de mis padres, los pequeños triunfos de aquellos años críticos.

Pero de nada serviría recordar y agradecer si luego no construyéramos sobre estos recuerdos, demostrando así nuestra gratitud. Y esta gratitud constructiva es lo que se convierte en:

LA INFLUENCIA SOBRE NUESTROS HIJOS.—Han quedado atrás aquellos años de los recuerdos, del despertar a la vida corporal y anímica... El hijo de una familia cristiana y la hija de otra familia semejante han unido sus vidas cabe el altar y han tenido la suerte incomparable de que Dios les confiara la custodia de unos hijos no solo para que los eduquen y les ayuden a triunfar en la vida, sino principalmente para que, en la hora suprema, consigan la salvación de su alma.

Misión sublime, ardua y emocionante para los padres; no valdrá un aprendizaje de educador realizado con el primer hijo y aplicado luego sistemáticamente a los demás, pues cada uno suele resultar tan distinto del otro...

En la niña mayor (acaba de cumplir los siete años), la idea de Dios ha cuajado hecha sentimiento. Muy pequeñita, ya le entusiasmaron las historias, sobre todo si en ellas se hablaba de la infancia de Jesús. Cuando se le hablaba de su Pasión y de todo lo referente a los misterios dolorosos, se acordaba de que le dolía una pierna o un brazo, buscando en ello excusa para llorar (aun ahora, es muy retraída y le avergüenza mostrar externamente sus sentimientos).

Tuvo la suerte de poder convivir con los abuelos paternos (e.p.d.), y de ellos aprendió aquellas sanas costumbres patriarcales que hemos procurado ir manteniendo en nuestro hogar. El rezo del Angelus, el rezarle un avemaría a la Virgen antes de empezar cualquier trabajo, el Rosario en familia...

Desde hace más de un año, a petición suya, y como concesión especial, cuando sus hermanitos están ya acostados, ella se queda un rato más levantada para rezar el Rosario con nosotros, y cuando así sucede, es ella la que lo dirige con mucha devoción y haciendo de cuando en cuando algún ingenuo pero acertado comentario sobre los misterios, para acabar enredándose algo en las letanías.

Siempre que deseó acompañar a alguno de la familia a Misa o a las funciones de la Iglesia, se le concedió gustosamente el permiso; pero hemos procurado no forzarla, para que surgiera de ella la iniciativa. Cuando se acostumbra a los hijos a participar de las prácticas religiosas de la familia, como si fueran mayores, pero sin exigencias impropias de su edad, se familiarizan tanto con dichas prácticas, que encuentran lo más natural el acercarse a recibir los Sacramentos, y aun se les hace larga la demora en su recepción.

A los cinco años, nos asombra recitando el Catecismo, que aprendió con todo interés, sin necesidad de insistencia por nuestra parte; pero sí insistíamos para que lo comprendiera: se lo hacíamos recitar y, a cada pregunta, le pedíamos el comentario: ¿Comprendes lo que quiere decir? ¿Entiendes esta pregunta?, etc.

A veces, el carácter le suscita algunas dificultades, pero lucha por enmendarse, y su esfuerzo es especialmente notable en los días en que ha ido a comulgar... Para sus comuniones, hemos procurado siempre que vaya o con su padre o conmigo, que nos tenga a su lado al comulgar, que se sienta más unida a nosotros espiritualmente.

La segunda exteriormente ofrece quizá menos problemas que la primera. No hay que luchar con su amor propio, con su soberbia. Siempre está contenta; con solo una sonrisa conquista a todos... Una niña sin problemas. Pero, ¡ah...! Cuando a los padres no nos basta esta vida meramente vegetativa, cuando buscamos su salud íntegra, es decir, corporal y moral, surgen problemas de donde menos se piensa. A los que no quieren comprender la responsabilidad de que Dios ha revestido a los padres, les parecerá esto ganas de compliarse la vida, cuando lo que es en realidad es un deseo de allanarles la vida a nuestros hijos, procurando crezcan sin complejos ni morbosidades.

Pocos problemas «externos», pero más problemas espirituales: una niña más bien inclinada a los escrúpulos; un temperamento más linfático; le ha venido preocupando desde muy pequeña su cuerpo, su constitución; si una niña al agacharse ha enseñado los

pantaloncitos, le parecerá que ha hecho un pecado, etc. ¿Bastaría decirla a esta niña: «Déjate de tonterías»? Creo que no. Necesita más comprensión y más explicaciones, procurando que no se complique la vida sin necesidad. Habrá de explicársele las cosas lo más claramente posible, teniendo una respuesta concisa para todas sus preguntas, llevándola por el camino recto de la verdad, la discreción y la honestidad. Nuestra hijita segunda está en el grupo de estos niños que pueden sentir fácilmente su alma herida si, en vez de encontrar en los padres al amigo y al maestro, encuentran burlas, impaciencia o incluso ignorancia. Si siempre la educación, para ser eficaz, ha de ser alegre, mucho más ha de serlo en el encauzamiento del problema sexual. Todo lo referente a este problema ha de ser, creo, disminuido, atenuado y sustituido por la alegría de un juego, un pasatiempo o un cuento que aleje al niño de sí mismo; pero, sobre todo, hay que inculcarles una idea clara de lo que es pecado y de lo que no lo es, para evitar el nacimiento y desarrollo de futuros escrúpulos, que podrían amargar y dificultar la vida espiritual de nuestros hijos.

Los dos más pequeños no ofrecen aún muchos problemas, aunque es ya a estas edades cuando empieza a notarse en qué virtudes y defectos sobresaldrán y cuando hay que comenzar a aplicar las medidas oportunas. Si he hablado con más detalle de las dos mayores, es para mostrar lo diferentes que pueden ser los temperamentos de diversos hijos de unos mismos padres y cómo no pueden aplicarse a cada uno los mismos sistemas educativos.

Si procuramos que en nuestro hogar no falte nunca la nota espiritual, más sentida que forzada, nada tendrá de particular que nuestros hijos se sientan impulsados a acompañarnos al templo: que nos hagan preguntas desde muy pequeños sobre los Sacramentos, sobre los objetos litúrgicos... Todo estriba en que nosotros sepamos dejar de cuando en cuando de lado nuestro quehacer preciso, nuestro malhumor, nuestras prisas o nuestra impaciencia, para contestarles según su capacidad, procurando siempre dejar satisfecha su curiosidad.

¡Qué alegría invade nuestro corazón cuando vemos que en medio de sus juegos alborotados se les ocurre prepararle un altar a la Virgen en el mes de mayo y que la mayor dirige las oraciones y que incluso se les antoja pasar (¡oh fuerza del instinto económico!) una banjeda de dulces con una estampa para cada miembro de la fami-

lia, obsequio que ha de ser religiosamente pagado. (Claro está que al día siguiente el dinero desaparece —previo permiso— para comprar caramelos...) O bien, cuando juegan a colegios y, por la influencia de aquel al que asisten, la que dirige el juego manda a los demás: «Ahora voy a tocar la campana para ir a la iglesia», y todos se arrodillan muy serios para rezar. Y así, entre bromas y veras, para ellos la práctica de la fe se va haciendo cosa imprescindible y natural al mismo tiempo, como es natural el comer y el dormir y el jugar, porque de pequeños han comprendido que tienen un alma inmortal que necesita ser alimentada como el cuerpo, para no morir *eternamente*.

¡Qué emocionante y aleccionadora es la fe de los pequeños! Los nuestros han pasado ya por la pérdida de tres abuelitos, y, ¡cómo nos han conmovido cada vez sus comentarios! Cuando murió el abuelo paterno, la mayor tenía cuatro años, y todo fueron preguntas acerca de la inmortalidad del alma, del destino del cuerpo fallecido... Dios nos dio la serenidad suficiente para no encontrar inoportunas sus preguntas y contestarle con calma y serenidad, y nuestra fe se vigorizó al esforzarnos para inculcársela a ella. Luego oímos cómo ella se lo iba contando a la segunda con todo detalle y con la misma paciencia de que nosotros habíamos hecho gala.

Cuando, dos años más tarde, murió la abuelita paterna, ya casi holgaron las preguntas; ya surgieron los comentarios entre ellos. Cuando entraron en la habitación a los minutos escasos de la muerte para besar su frente por última vez. «¿Ya está en el cielo, verdad?», me afirmó, más que preguntó, la mayor... Y cuando, hace pocos meses, faltó mi padre, sus palabras, la reciedumbre de su fe infantil, fue el mayor consuelo para mí. Fue el comprobar, con el corazón agradecido, cómo la herencia espiritual que mi padre me había legado, yo la había hecho llegar, con la ayuda de Dios, hasta el alma de mis hijos: «Mamá está triste porque se ha muerto su padre, pero ya habrá llegado al cielo y allí se habrá encontrado con los otros abuelitos y estarán muy contentos, y ya verán a Dios, y ya no sufrirá nunca, nunca...» ¿Cabe sabiduría más grande que la que se encierra en estas palabras...?

Veo cada vez con más claridad que la educación de los hijos, la auténtica educación integral, no deja para los padres un momento de reposo. ¡Qué lejos, sin embargo, está de ser una esclavitud! Pero

sí ha de ser el cumplimiento incesante de una vocación, es decir, *del llamamiento de Dios a la paternidad y maternidad*, el cumplimiento de un deber sagrado e ineludible desde que se pronuncia el «sí» delante del altar. Habrá que vigilar, sin que el niño se sienta vigilado, sus juegos y, sobre todo, sus compañías; más adelante, sus lecturas, sus diversiones... Habrá que cuidar delante de ellos nuestro comportamiento, nuestras conversaciones, evitar las discusiones familiares, por ser su alma como una cámara que todo lo capta.

Un día, nuestro hijo (el tercero, que tiene cuatro años) dijo una blasfemia. Al instante le reprendí muy severamente, intenté hacerle sentir la fealdad de tal palabra; luego quise llegar hasta la fuente. ¿De dónde lo había aprendido? Se trataba de un amiguito, hijo de excelente familia. Avisé al padre del niño. También él buscó la raíz del mal: tenía un trabajador en su casa con este lamentable defecto... Hubo que empezar por hacer comprender su responsabilidad al empleado. El incidente no ha vuelto a repetirse, gracias a Dios, pero, sin hacer mención de lo de aquel día, le he hablado más que nunca a mi hijito del respeto debido al nombre de Dios, de la necesidad de no pronunciarlo en vano, de las alabanzas que merece, del dolor que causamos a nuestro Dios si deshonramos su Santo Nombre... Hubiera sido más cómodo darle un bofetón y gritarle: «Esto no se dice.» Pero no hubiera sido tan eficaz.

Y así ha de desmenuzarse nuestra acción en tantos aspectos de la formación religiosa.

Si, a la edad propicia, se les inculca el deseo vehemente de acercamiento a Dios, de recibirle, a ser posible, diariamente en la Comunión, no nos costará nada hacerles ser madrugadores.

Si logramos hacerles comprender que la autoridad de los padres viene de Dios y que han de cumplir nuestros mandatos como todos hemos de cumplir los que El nos da como Padre, les enseñaremos indirectamente a no discutir jamás nuestra autoridad: perfeccionándolos en su vida espiritual, los perfeccionaremos también en sus virtudes humanas, que harán de ellos personas sensatas y educadas.

Se acerca ahora para nosotros un momento delicado: el de la «gran pregunta». ¿De dónde vienen los niños? Esta pregunta podrá resultar difícil, molesta, para aquellos que han llegado a la paternidad casi inconscientemente, que creen cumplida su misión tras de haber procurado a sus hijos la mejor alimentación, el mejor puericultor, la mejor escuela y el mejor veraneo.

Pero si los padres somos conscientes de nuestra paternidad, no encontraremos terrible la pregunta, sino que nos ha de proporcionar alegría ver cómo nuestros hijos, sin perder ni un ápice de su ingenuidad, son seres completos, que han venido al mundo a resolver inquietudes, y no simplemente a vegetar.

Lo único que puede asustarnos es el no acertar con la respuesta, porque el espíritu sediento del niño pide a gritos una verdad que le satisfaga. Pero si el niño hace la pregunta a unos padres conscientes dentro de un ambiente moralmente sano, la respuesta provocará siempre en él un gran entusiasmo.

Decir la verdad quiere decir tan solo repetir las palabras del Ángel a María: «Bendito es el fruto de tu vientre.»

Si el niño ha aprendido esta maravillosa oración desde sus primeros balbuceos y si vive siempre de cara a la realidad de las cosas y se le ha enseñado que el fruto nace de la flor, acaba deslumbrado sintiendo este maravilloso misterio de ser él el fruto, y nosotras, las madres, la flor. Basta de momento con que se le diga que él es el fruto de la madre, como el fruto lo es del árbol y, sobre todo, como Jesús lo es de María. De momento, le bastará con esto y se sentirá feliz y entusiasmado y, sobre todo, depositará una entera confianza en sus padres. Luego, paulatinamente, roto ya el temor a preguntar y a responder, lo demás irá surgiendo poco a poco.

Esto nos demuestra, una vez más, que hay que estar prevenidos para esta fase del desarrollo espiritual de nuestros hijos, como para todas las demás anteriores y posteriores. Que no podemos descuidarnos un momento, que hemos de vivir en una autoeducación constante, si no queremos «fallarles» a nuestros hijos, para que encuentren siempre en nosotros al amigo y al guía que anhelan encontrar.

Todo esto nos incita a colaborar, con vocación de catequistas, con el sacerdote en la formación de auténticos cristianos; a colaborar con todos los educadores en la formación de hombres de provecho para la sociedad; pero, sobre todo, a colaborar incesantemente con Dios en la formación de hombres y mujeres con almas de apóstol, militantes conscientes de la Iglesia de Cristo, ayudándoles a conocer y a seguir su vocación, sin egoísmos por nuestra parte, para que este pequeño fruto que creció en nuestras entrañas consiga en la hora suprema la salvación de su alma y con ello, la gloria de Dios.

María Dolores GODOY DE VILAHUR

Cassá de la Selva, agosto 1962